

NOVELA CINEMATOGRAFICA

EL

OGAR

49



CTS

LIEDTKE

MES BISTAGNE

Estrellas
del Edén

OBAL, MAX

**La Novela Cinematográfica
del Hogar**

Publicación semanal de películas selectas

DIRECTOR:

Año II Francisco-Mario Bistagne NÚM. 49

Der Moderne Casanova,

**Las estrellas
* del "Edén"**

Preciosa comedia, interpretada por
Lia Eibenschuetz y Harry Liedtke

Exclusiva de

E. González - Emelka - Madrid

Distribuída por

Balart y Simó

Aragón, 249

BARCELONA

POSTAL - REGALO: RUTH HIATT

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA

* Screen "Series" Germany
219 - 339



Dora era una de las más traviesas colegiales; todo lo contrario de su hermana Elvira, carácter reconcentrado, muchachita a quien el amor había llenado de una gran seriedad.

Todos esperaban la visita del maestro, anunciada ya para aquel día y conocían su objeto.

Elvira aparecía radiante, pero era como una de las bellas heroínas del romanticismo. Muchachita enamorada amaba la poesía del silencio.

Dora sonreía procurando alarmar a su hermana:

—No te fíes, no te fíes, Elvira. A lo mejor, el mismo día de la boda, el maestro se vuelve atrás.

—No digas tonterías. Cristian es formal... Quedó sumida en honda melancolía.

—Vaya, no te pongas triste—dijo Dora.
—¡Quién sabe si tendrás razón!

—Ayer me decía nuestra compañera Niña en el colegio: “Los hombres que no la corren de solteros... y el maestro anda muy despacio.”

Las estrellas del “Edén”

Argument de la pelicula

En un pequeño pueblecito, cerca de Berlín, el joven maestro Cristian Friedbol, vivía tranquilamente, sin más ilusión que su escuela, ni más amor que el de su joven discípula Elyira, de carácter tan tímido como bella.

Un hermoso domingo de primavera, el buen profesor, con el traje de fiesta y la más viva emoción en el semblante, se dirigió a visitar a don Leonildo Abendroth y su esposa, padres de Elvira y Dora.

—No... no... Tengo una gran fe en él...
No debo dudar.

No tardó en aparecer el buen Cristian quien emocionado, balbuciendo a duras penas unas cuantas frases, pidió a los padres de Elvira la mano de ésta.

Se la otorgaron de buen grado, convencidos de que su hija no podía soñar mejor partido. Cristian era hombre juicioso y, además, los dos muchachos se querían con la ilusión del amor primero.

—¡Brindemos por que seáis tan felices como hemos sido nosotros! —dijo el padre de Elvira descorchando una botella de champaña.

El maestro permaneció todo el día en casa de su futura y a última hora cuando ya se disponía a marchar, recibió una carta urgente que el cartero después de felicitarle por su anunciado enlace le entregó personalmente.

Cristian pidió permiso para abrirla y leyó:

Señor Don Cristian Friedbold.

Muy Sr. mío:

Su tío, señor Frielbold, director del

“Eden Concert”, ha tenido un grave accidente de automóvil y se encuentra en estado agónico. Urge su presencia en ésta, en be-



—¡Brindemos por que seáis tan felices como hemos sido nosotros!

neficio de sus propios intereses. Suyo afectísimo

ARNSTAED
Abogado

Inquieto por aquella inesperada noticia, Cristian vióse en la precisión de regresar al colegio inmediatamente para preparar su equipaje y marchar aquella misma noche.



...cuando ya se disponía a marchar...

Elvira se sintió disgustadísima ante la próxima ausencia de su novio. Sin saber por qué, temió que Berlín fuera fatal para el maestro.

Don Leonildo dijo a su mujer:

—No me gusta el asunto que motiva el viaje de Cristian a Berlín.

—Tú debes imponerte y no dejarle ir. Que mande a cualquiera en su lugar—dijo la esposa.

—Pienso que el único a quien pudiera confiar este asunto, era a mí—dijo rascándose la barbilla—. ¿Qué te parece?

—Conque tú, ¿eh?... ¡Me parece muy mal!

—Però, mujer—dijo el viejo, que deseaba echar una cana al aire, pues nunca en su vida había gozado de otra libertad que la que le permitía su esposa.

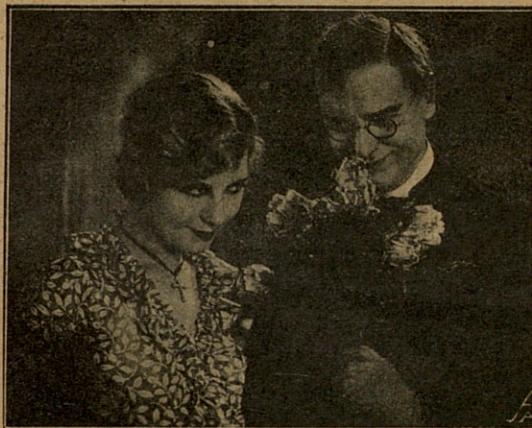
—¡Tanto me fío yo de ti como de él!... ¡Anda a la cama, viejo verde!

Y fueron inútiles sus protestas. Y Cristian aquella misma noche en el tren de las diez y media partió para Berlín siendo despedido por su novia y por la familia de ésta.

—Todos los días te escribiré—aseguró él a Elvira—. Y tú no dejes también de hacerlo... Y no me olvides nunca.

—¡Nunca, mi bien!

Partió el expreso... Y Cristian al verse solo sintió por primera vez en su vida un hondo sentimiento de soledad.



—Todos los días te escribiré.

* * *

Cuando llegó el maestro a Berlín, su tío acababa de morir. Tuvo que presidir todos los actos concernientes a su entierro y luego de realizar este penoso deber, celebró una larga conferencia con el abogado señor Arnstaed, encargado provisionalmente de los negocios del difunto.

—Su señor tío—le explicó el letrado—, dueño de los locales Edén y Cabaret Concert, le ha instituído heredero universal de ellos, con las siguientes condiciones.

Y dió lectura de unos papeles de oficio:
Mi sobrino Cristian Frielbold se ha de comprometer a continuar mis importantes negocios en la misma forma que yo los

tengo establecidos, poniéndose él al frente de los mismos, como lo estaba yo.

Inmediatamente de mi muerte será avisado por mi abogado señor Arnstaed, para que se presente en el término de ocho días y decida si acepta las condiciones por mí estipuladas. En caso contrario, todos mis bienes pasarían a poder de mi primo don Víctor Franz.

—Ya lo sabe usted—dijo el abogado—. Usted verá si acepta tales condiciones.

El maestro, como todo hijo de vecino, se sentía tentado por la fortuna. ¡Oh! ¿Iba a renunciar él a una herencia de millones que le permitiría vivir en lo sucesivo con una dicha como nunca había podido soñar?

—Acepto—dijo.

—Pues vamos al cabaret para que se haga usted cargo de todo.

Cristian se sentía íntimamente asustado, pero consideró que no debía aparentar la menor turbación.

Estaba decidido a ser el dueño de aquellos alegres establecimientos de recreo. Volvería al pueblo para casarse con Elvira y después regresarían todos a la capital para

instalarse en ella con el más deslumbrante de los lujos.

Acompañado del abogado se dirigió al Edén Concert donde se estaba representando una gran revista.

Esta es una revista que había dejado en un año beneficios por un millón de dólares.

Cristian se sentía aturdido. ¡Y todo aquello era suyo y todo aquel dinero sería para él!

Las muchachas de la revista, al enterarse de que aquel joven pueblerino era nada menos que el actual propietario y director, volaron alrededor suyo como mariposas atraídas por el espejuelo de una potente luz.

Cristian se hallaba allí completamente fuera de su ambiente, pero pronto las caricias y zalamerías de las jóvenes le hicieron olvidar su primitiva seriedad y comenzó a manifestarse contento de aquella nueva vida que el destino le deparaba.

El director artístico del establecimiento, señor Schanzer, le presentó a Ivette, la primera estrella de la compañía, una mucha-

cha preciosa por quien bebían los vientos cuantos tenían el gusto de conocerla.

Cristian a pesar de su timidez de maestro de escuela, balbució unas palabras de



Las muchachas de la revista...

admiración ante la bella Ivette y ella contestó, zalamera y coqueta:

—Es usted muy agradable, señor...

Después y siempre acompañado de su abogado, Cristian se dirigió al cabaret, si-

tuado en el mismo local; otro importante negocio de la herencia.

Le presentaron a otras muchachas, bellas y perfumadas, como él no había visto jamás. Estaba deslumbrado ante tanta maravilla... Bebió abundante champaña Extra-Dry y tuvo a su lado a Ivette que se mostró alborozada de poder sostener buena amistad con el nuevo propietario.

Sabía que ello significaba aumento de sueldos, contrata permanente, regalos, tal vez algo más.

Cristian había usado hasta entonces gafas, pero a una indicación de Ivette se las quitó.

—Está usted mucho más guapo... y más joven—le dijo ella suavemente.

—Ahora, sin gafas, veo más—respondió sonriente—. La óptica era únicamente para hacerme respetar de los discípulos... Pues yo era maestro de escuela.

—Supongo que abandonará usted el cargo.

—Prefiero cien veces estar aquí.

La nochecita la pasó alegremente, sin

acordarse siquiera de que por respeto a su tío debía demostrar seriedad.

Una vez más se cumplió el dicho: "El muerto al hoyo y el vivo al bollo." Esta vez era el bollo exquisito, inolvidable... La fortuna venía a visitar a Cristian que nunca la había solicitado.

El azar lo señalaba entre los elegidos de la riqueza.

* * *

Unos días después, Cristian escribió a su novia. Seguía queriéndola, pero tal vez con un amor menos ciego que hasta entonces. Las perspectivas de la nueva vida que se abría ante sus ojos, parecían hacerle ver los defectos de aquella criatura pueblerina, sosa y vulgar, a la que faltaba la alegría picaresca de esas "girls" que ahora le tenían por director.

Se hallaba en su despacho del "Edén Concert" y se detuvo a leer lo que había escrito y que era fiel reflejo de su corazón:

Querida Elvira:

El negocio que ha dejado mi tío es de tanto lio que para atenderlo me falta tiem-

po. Si no tomo quien me ayude y me descanse, no sé qué va a ocurrir.

Es demasiado negocio para quien está acostumbrado a la tranquilidad y el sosiego de esta pequeña villa... ¡Cuánto me acuerdo de vosotros!

Una delicada voz se dejó oír junto a la puerta:

—¿Se puede?

—¡Adelante!

Una mujer avanzó por la estancia. Era Ivette que se había propuesto agarrar la fortuna del director, hacer suyo a aquel hombre, aunque para ello tuviera que remover cielo y tierra.

—¡Hola, señor director!

Y le tendió la mano a la altura de sus labios para que él se la besase, cosa que Cristian hizo, presa de gran aturdimiento.

Ella con su picaresca alegría, cogió la carta que tenía Cristian sobre la mesa y la leyó lanzando una gran carcajada.

—¡Cartita amorosa! Para su futura, ¿no?... ¡Pobres mujeres!

Cristian creyó encontrarse en ridículo y

sin decir nada guardó la carta en un cajón.

Ella riendo le acarició el cuello y dijo de pronto:

—¿Qué corbata de tan poco gusto!

—La llevo siempre parecida—contestó.

—¿Cómo voy a consentir que lleve mi director esa corbata?

Y como ya en otros días se había fijado en que Cristian usaba corbatas anticuadas, Ivette traía a prevención una magnífica, de seda oscura que ella misma colocó al cuello del director en sustitución de la antigua.

—Gracias, Ivette, no sé cómo agradecerle todo lo que hace usted por mí.

—¿Quiere venir a tomar el te conmigo? iremos al restorán más elegante de Berlín, un sitio “bien”, de indiscutible gusto.

—Encantado de estar con usted.

Marcharon al restorán y el antiguo maestro tuvo que hacer de tripas corazón para esforzarse en tomar el te... ¡Demonio! ¡Lo que costaba ser hombre elegante! ¡Con lo buenas que eran las comidas en el pueblo, preparadas por manos humildes!

Tras aquella fiesta del te, vinieron otras y otras, unas veces acompañado de Ivette, otras de Ester Wend, una naciente estrella de revista, muchacha graciosa y bonita que



...fue olvidando su vida anterior...

también le parecía de perlas al director.

Y así poco a poco en el ambiente de mujeres y de alegría, sobrante de dinero, con el alma plena de ilusiones, agasajado por todas las artistas, que le ofrendaban in-

numerables regalos, rivalizando en obsequiarle, Cristian fué olvidando su vida anterior hasta el extremo de no volver a escribir a la aldea.

Era como si todos los de allí hubiesen muerto, como si jamás hubiese existido su escuela ni la novia bonita a la que dió su primero y, ¡ay!, tan efímero amor...

...yendo un almuerzo en solitario. Algunas veces se quedaba todo el día en la casa, sin salir ni entrar, sin ver a nadie, sin oír noticias de nadie, ni siquiera de su hermano. Dijo el doctor:

—Tú no te das cuenta de lo que has hecho. Ni siquiera sabes que estás mal.

—¿Por qué? —dijo la señora.

La vida seguía desliándose alegremente. Ya nada quedaba en Cristian del hombre humilde de otros días.

Pasaba las noches en el Edén, en el cabaret, hasta muy entrada la madrugada. Gastaba y derrochaba abundantemente, jugaba en las carreras de caballos y en los casinos. Todo en plan de gran señor que cree que la vida es una cantera inagotable.

Y entretanto, la desolación más espantosa reinaba en la familia Abendroth, allá en la aldea.

La absoluta carencia de noticias, les impresionaba hondamente, de una manera especial a Elvira que lloraba todo el día, considerándose abandonada.

Dora intentaba consolar a su hermanita.

—Ya te lo dije una vez. Los hombres han de correrla un poco. Y tu novio fué hasta hace poco un santo, pero la capital le ha maleado.



...intentaba consolar a su hermanita.

—No es posible, no es posible que Christian no se acuerde ya de mí—murmuraba con la mayor tristeza.

Enflaqueció de modo alarmante, creyó

morirse sin poder resistir el inesperado abandono.

Su madre viendo el amargo dolor de Elvira, creyó del caso intervenir con medios radicales.

—Leonildo—le dijo a su esposo—. Prepárate para ir a Berlín...

—¿Yo?

—Tienes que hablar inmediatamente con Cristian y ver lo que está ocurriendo.

—¡Admirable!—dijo el viejo que se sentía feliz ante la idea de visitar a solas la capital—. Ya sé muy bien lo que tengo que hacer. Enterarme de cómo marchan los negocios del maestro de escuela y, según vea, ayudarle o volver.

—Eso mismo... Tú le dirás que el no escribir es de sinvergüenzas... ¡Y ojo a ver si tú haces lo mismo!

—Te aseguro que no.

—Y a volver tan pronto hayas cumplido tu misión... Berlín es peligroso para un hombre de tus años.

—No me perderé, conozco Berlín más de lo que tú te figuras.

Marchó aquella noche a la capital con

una alegría de joven estudiante que realiza un viaje de recreo. Unicamente una espina venía a pincharle de vez en cuando amargándole su alegría.

¡Aquel Cristian! ¿Es que habría abandonado definitivamente a su novia? Tan pronto le había seducido la capital que ya ni siquiera se acordaba de escribir?

En breve saldría de dudas... Entretanto no quería ponerse de mal humor. Al llegar a la capital se enteraría de todo y según cómo viese las cosas rompería definitivamente con el futuro yerno.

* * *

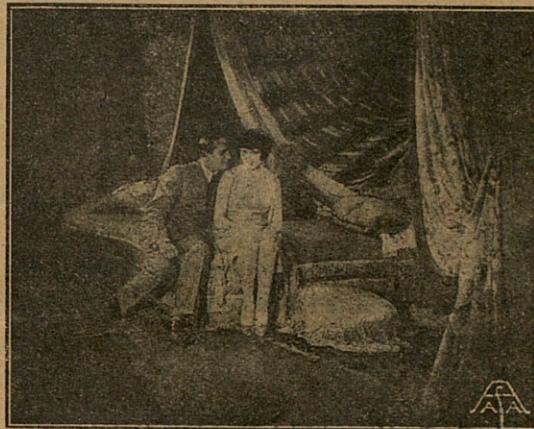
Mientras tanto, Cristian corría extraordinarias aventuras con sus amigas del Edén, pero sin que nunca llegara al extremo de comprometerse. Ni Ivette ni Ester ni ninguna de las otras muchachas podía enorgullecerse de que Cristian fuese algo más que un simple amigo que las acompañaba a las fiestas y se divertía de lo lindo.

Aquella mañana Ivette tuvo un gran disgusto con Cristian porque éste se había ido de paseo con Ester, prefiriendo la nueva estrella de revista a ella que era astro de primera magnitud, y más bella aún que la otra.

Precisamente a la misma hora llegaba al Edén Concert el grave don Leonildo, dis-

puesto a arrancar a su yerno de aquel ambiente.

Entró en el despacho del director, no encontrando allí a nadie más que a una bellí-



...corría extraordinarias aventuras...

sima muchacha que se limpiaba disimuladamente las lágrimas.

El viejo don Leonildo, que a pesar de su vida pueblerina siempre había suspirado por la ciudad y sus encantos, quedó mara-

villado al ver ante él a aquella muchacha tan guapa y tan ligerita de ropa.

—¿Qué desea usted, señor? —le dijo ella.

—Yo soy... el futuro suegro del director Cristian...

—¿Su futuro suegro? Entonces, ¿se va a casar?

—Dentro de dos o tres meses si no ha variado de opinión.

Ivette miró a aquel hombre y le pareció que era un enviado del buen destino.

Bien; ya que Cristian parecía despreciarla, yéndose con otras mujeres, ella se vengaría, enterando a la futura esposa del director de la vida de juerga que éste llevaba.

Además, mujer maléfica, quiso poner también en ridículo a Cristian, enamorando a su futuro suegro.

Empezó a mostrarse zalamera con él, haciéndole beber unas copitas y llevándole luego al cabaret donde le rodearon varias muchachas quienes con sus alegres caricias le hicieron perder su poca cabeza.

Olvidándolo todo, en vez de cumplir la

severa misión que le había llevado a Berlín, quedó hecho prisionero entre los encantos de aquellas chiquillas que tanto se diferenciaban de "su media naranja".

Ivette dejó al señor Leonildo en compañía de alegres muchachas y murmuró:

—Cristian se acordará de mí. Su futuro suegro será mi escudo.

Redactó acto seguido una carta para la hija de don Leonildo concebida en estos términos:

Señorita:

Si quiere usted no quedarse sin novio, venga en seguida a Berlín. Su futuro está corriéndola demasiado y no le guarda la menor fidelidad.

Una amiga

Llamó a uno de los botones del cabaret y le ordenó que llevase inmediatamente la carta a correos con sello de urgencia.

Luego volvió al salón donde Leonildo bebía y cantaba como en el mejor de los mundos.

—¡Señorita, a su salud! —dijo Leonildo alzando una nueva copa de champaña.

—¡A la suya, simpático!

Chocaron las copas y ella le preguntó:
—¿No ha visto usted todavía a Cristian?

—No, pero ya no me importa...—contestó con una nerviosa alegría producida por el alcohol—. Lo que deseo es permanecer a vuestro lado, a tu lado especialmente, muchacha... ¿Cómo te llamas?

—Ivette.

—¡Hasta el nombre es bonito!

—Si usted quiere, yo avisaré a Cristian.

—No te molestes. Ya vendrá cuando le parezca. Estoy seguro de que cuando me vea tendrá una gran alegría.

Pero Ivette se enteró por una de las muchachas que Cristian acababa de llegar a su despacho e inmediatamente escribió en un tarjetón estas palabras:

Un amigo muy íntimo le espera en el cabaret.

Rogó a una de sus amigas fuese a entregar aquella tarjeta al señor director y dijo:

—Ahora le pongo en ridículo delante del padre. Después haré lo mismo con la hija a quien ya he avisado y estoy segura de que vendrá rápidamente.

La muchacha fué a cumplir su encargo

y Cristian, profundamente malhumorado, se dispuso a ir al cabaret.

Estaba disgustado con Ivette; esta muchacha le perseguía más que nunca y él en cambio dedicaba sus ternuras a Ester, muchacha más joven y en la que encontraba un algo atrayente y singular.

Ni por asomo se acordaba de Elvira; todo lo de la aldea le parecía un sueño lejano...

Al entrar en el cabaret quedó pálido por la sorpresa al ver allí a don Leonildo. A mayor abundamiento al verle rodeado de muchachas dejándose acariciar y besar como el más alegre concurrente de la casa.

¿Era posible lo que estaba sucediendo? Aquel hombre intachable, de costumbres tan severas y cuidadas, en aquel ambiente mundial. Mas ¿por qué dudaba? ¿No había cambiado también él de modo de ser de una manera que nunca pudo soñar?

Don Leonildo al verle se levantó y le dijo con la mayor alegría:

—¡Cristian, hijo mío, ven a mis brazos!

—¡Don Leonildo!

—¡Qué feliz soy al verte!

—Pero ¿cómo está usted aquí? ¿Qué ocurre?—le preguntó.

—En casa me mandaron que me enterara de lo que hacías. Pero ya no quiero saber nada más. Comprendo que el que vive aquí lo olvida todo. A mí me está pasando lo mismo.

—¿De veras?

—Ya que eres el director de la casa, te pido solamente un favor: que me dejes quedar aquí y que me dediques a lo que tú quieras...

—Pero, don Leonildo, yo debo explicarle la causa de mi silencio...

—No te esfuerces, pues de sobra lo comprendo... Cualquiera se está en el pueblo habiendo aquí mujeres tan admirables... Nada... nada... yo me instalo aquí definitivamente.

—¿Qué va a decir su esposa?

—No me hables de ella.

—Su obligación es regresar.

—No me digas ni en broma que vuelva al lado de mi mujer... no... no...

Y fué inútil la porfía de él. Don Leonildo siguió bebiendo y acariciando a las

muchachas con una alegría de don Juan loco y ya decrepito que parece querer despedirse con una gran locura del vivir.

* * *

Al día siguiente se celebró en el Edén Concert la elección de las estrellas para la nueva revista.

Al alegre espectáculo asistió don Leonildo que no se cansaba de vivir aquella existencia de frivolidad y de paganismo. Era la venganza a los largos años de encierro.

Ivette tenía la esperanza de ser elegida como antes primera extrella de la compañía, pues no creía que nadie pudiera quitarle esta gloria.

Pero Ester era más joven y graciosa que

Ivette, y Cristian la eligió para primera estrella con el consiguiente disgusto de la derrotada que manifestó su deseo de despedirse de la compañía.

Cristian empezaba a hallarse cansado de la pegajosa compañía de Ivette y de sus celos que consideraba ridículos, así es que no le supo demasiado mal la determinación de ella de marcharse.

Don Leonildo asistió a la elección de estrellas, mostrándose feliz al encontrarse en tal lugar con la agradable compañía de las "girls" de cabellos de oro. ¡Cualquiera le hacía a uno volver al lado de la mujer vieja y cargada de prejuicios!

Mientras tanto, Elvira se hallaba en camino de Berlín.

Había recibido el día anterior un anónimo, amenazador y terrible, que indicaba en forma clarísima que Cristian, el maestro de escuela, el buen profesor tímido y silencioso, había roto con su vida pasada lanzándose a las alegres juergas como el más consumado Don Juan.

Se echó a llorar desconsoladamente sobre el regazo de su madre.

—Mamá, ¿no ves? ¡Me abandona! ¡Y yo que había confiado siempre en él, por quien hubiera dado la vida!

—¡Valor, hija mía! Todos los hombres son unos malvados.

—¿Por qué papá no escribe? ¿Por qué no dice algo?

—Tal vez no haya tenido tiempo... Aunque de todos modos me escama un poco su silencio. Al fin y al cabo es hombre y me parece que hice mal en permitirle este viaje a Berlín.

—¿Qué haremos, mamita?

—Se me ocurre una cosa: vámonos las dos a la capital. De esta manera descubriremos la verdad. Tú por tus propios ojos verás si tu novio te es infiel y yo veré hasta dónde llega el atrevimiento de tu padre. Veremos si se puede fiar una de él.

Dora quiso acompañarles.

—¡Hace más de tres años que no he estado en Berlín! ¡Dejadme ir con vosotras!

—¡Imposible, Dora! Vamos a una misión desagradable, a la que yo sola debería

concurrir, pues no es cosa de muchachas solteras.

—Pero se trata de mi novio—dijo Elvira.

—Por eso vienes. Pero Dora no tiene motivo para ello.

—¿Que no tengo motivo?—dijo la pizpireta muchacha riendo—. ¿Y tú qué sabes? Creo que deberíamos hacer frecuentes viajes a Berlín. En la capital hay muchos jóvenes solteros...

—No hace falta. En el pueblo hay unos cuantos muchachos realmente dignos de casarse contigo.

—Son tan sosos, tan ingenuos!

—Los que convienen para el hogar!

—Sí, fíate del agua mansa... que de la brava me libro yo.

—Dan siempre buen resultado, aunque creas lo contrario.

—Como Cristian. Un santo, un gran partido. Y ya estamos viendo las consecuencias.

—No malicies todavía, Dora. A lo mejor está enfermo...—dijo su madre.

—¿Y el anónimo? No, no me gustan los

hombres del pueblo. Son más hipócritas que los de allá... Pero si no ahora, algún otro día iré a Berlín.

Y suspiró soñando en un elegante cadete que alguna vez había estado en el pueblo y que en un suave flirt le había hecho entrever la alegría de una vida de amor... Y el muchacho estaba en la capital y si ella se casaba con él, vivirían los dos en la ciudad.

Aun insistió para que le dejaras realizar el viaje, pero inútilmente. Y ella se consoló leyendo la última carta del militar que le aseguraba que en breve, aprovechando unas cortas vacaciones, iría a pasar unos días en el pueblo.

Para entonces llegaría el momento de la felicidad de los dos jóvenes. Porque el cadete parecía dispuesto a hacer una declaración formal que arreglase ya las cosas.

Tuvo que resignarse, pues, a ver marchar a su madre y hermana hacia la ciudad de Berlín.

* * *

Madre e hija al llegar a Berlín se dirigieron al hotel y después de descansar breve rato, se fueron a las oficinas del "Edén Concert" donde esperaban encontrar a Cristian.

Efectivamente hallaron a Cristian y a don Leonildo también, pero no solos, sino en compañía de varias artistas, en plena juerga, bebiendo champaña y dejándose besar con gran alborozo.

La impresión que recibieron ante aquel cuadro fué indescriptible. A la joven le pareció como si la tierra se abriese para ella; la madre creyó morir de furor al ver a su esposo entre otras mujeres.

La inoportuna presencia de las dos hizo levantar rápidamente a Cristian y don Leonildo quienes, temerosos de dar explicación alguna o de ser objeto de las burlas de las muchachas, optaron por escapar seguidos de todas las artistas que reían como locas, mofándose de las dos mujeres provincianas.

Estas quisieron seguir al grupo alborotador, pero se perdieron en la complicada red de pasillos y puertas del coliseo.

Estaban rojas de indignación.

—¡Mi marido!

—¡Cristian!

Y sollozaban con un temor cada vez mayor, como si se vieran abandonadas de todo el mundo.

Iban ya a marchar del hotel cuando Ivette se acercó a ellas, y, espíritu maléfico, deseosa de vengarse contra Cristian por no haber atendido sus requerimientos de amor, empezó a exagerar la vida que el antiguo maestro llevaba, asegurando que pasaba una existencia de crápula como el más redomado don Juan.

—No debe usted casarse con él, señori-

ta... Es un malvado. Lo sé por experiencia. A mí misma me quería engañar, mas él es poca cosa para que yo caiga en sus redes.

Ivette salió y se despidió de ellas, y las dos pueblerinas regresaron al hotel, haciendo amargos comentarios sobre la ingratitud de los hombres.

—¡Qué graves problemas se presentan ahora ante nosotras! —decía la madre.

—Terribles, mamá!

—Tú puedes acabar con Cristian que al fin y al cabo no era más que tu novio.

—¡Cómo le quería, mamá! ¡Y pensar que le quiero aún!

—No digas eso... Pero mi situación es mucho peor que la tuya. Tendré que separarme de tu padre y eso significará la ruina de nuestro hogar, el hundimiento de nuestra familia.

—Yo no creo a papá tan culpable... Es Cristian que le habrá dado malos ejemplos.

—Tu padre es ya demasiado viejo para dejarse engañar.

—Los hombres no son nunca viejos para esa clase de alegrías, mamá.

Estuvieron departiendo largo rato en

aquel cuarto de hotel acerca de su triste situación. Todo contribuía a hacerles más amargo el momento. El desconocimiento de aquella ciudad, el cuarto nuevo y flamante, todo aquello que hablaba de hotel, de gentes que pasan.

Porque las cosas viejas, los muebles, el hogar, los objetos que nos han rodeado durante toda la vida, adquieren en las horas decisivas y supremas, una extraña alma que parece conmoverse y fundirse también con nuestro propio dolor.

Sólo los cuartos de hotel son tristes e inhospitalarios, como todo lo que pasa, como todo lo que carece de ese sello divino del recuerdo.

De pronto cuando más penosas eran las consideraciones que hacían las dos mujeres, un criado les anunció que unos caballeros deseaban verlas.

Eran Cristian y don Leonildo que habían reflexionado acerca de su conducta y consideraban necesario ir a dar una explicación a sus familiares.

Realmente no estaba ni medio bien lo que

habían hecho hecho; ahora se daban cuenta de ello.

A la vista de su esposa y de su hija, don Leonildo pareció sentir una extraña oleada en el corazón, algo misterioso que le hablaba de los afectos familiares que él no podía dejar tampoco abandonados definitivamente. Además, sin saber por qué, le parecieron poco sinceras las expresiones cariñosas de aquellas mujeres de la revista. Sus risas sonaban simplemente a cosa artificiosa y falsa; eran mujeres frívolas, dedicadas únicamente a las diversiones, pero sin profundizar ni siquiera un poco en el fondo de las cosas. Criaturas ligeras e inútiles, muebles de adorno que muchas veces estorban y privan el puesto a los demás.

Por su parte, también Cristián había experimentado amargos remordimientos. Nunca le habían satisfecho, a pesar de su aparente conformidad, las juerguecitas con las mujeres de la revista, pero al ver antes a Elvira, en el despacho del Edén, llorosa y vencida, sintió una profunda impresión.

Vió adornada a Elvira de todas las glo-

riosas virtudes del hogar, del encanto de la mujer que sin ser demasiado bella, posee, sin embargo, una incomparable belleza de alma, fuego sagrado que garantiza la dicha posible en este mundo.

Y sintió casi la necesidad de ir a caer ahora a sus pies, de pedirla perdón, de volver a ver limpios de lágrimas y con risueña luz aquellos ojos humedecidos por la bondadosa ternura del amor.

Puestos de acuerdo los dos hombres ante la necesidad de solicitar perdón, buscaron por todos los hoteles de Berlín hasta conseguir encontrar el que hospedaba a las dos mujeres.

Y ahora aguardaban, pálidos de emoción, el instante de ser recibidos por aquellas mujeres que podían erigirse en Tribunal de Justicia.

Cuando la madre de Elvira supo quiénes eran los que aguardaban se negó en redondo a recibirlos.

Elvira sintió renacer en su alma la confianza, la confianza ciega de la enamorada, que espera siempre sin creer en el definitivo apagamiento del cariño.

Ragó al criado dijese a don Leonildo y a Cristian que podían pasar.

No tardaron en aparecer los dos hombres. Un bloque de hielo parecía separar a aquellos cuatro personajes. Pero Cristián fué el primero que rompió a hablar y después de saludar brevemente con una ligera inclinación a la madre de Elvira, dijo a ésta:

—Chiquilla, debes perdonarme. No es culpa mía todo lo que sucede, sino de ese ambiente del cabaret. Es un infierno.

—No te defiendas, pues sé bien que me has olvidado—respondió ella con dignidad mirándole fijamente y dándose cuenta de que Cristián ya no llevaba los anteojos, detalle que favorecía en gran manera su persona.

—¡Elvira!...

—¡Vete... vete... desleal!

—Elvira, tienes razón al mostrarte disgustada conmigo. Soy un culpable, un malvado, un hombre sin corazón, un criminal...

Y con toda sinceridad confesó su culpa, rogándole que le perdonase.

No podía olvidarla. Había sido aquello ligero extravío. Pero dispuesto estaba a en-

mendarse para siempre y a casarse con ella.

—Y venderé el cabaret, aunque ello me obligue a perder la herencia fabulosa que me dejó mi tío.

Vaciló mucho Elvira, pero vencida por el indudable cariño que sentía hacia él, acabó concediéndole de buen grado su perdón.

Don Leonildo solicitó lo mismo de su esposa, pero tuvo que luchar con una mayor resistencia.

—Tú no tienes excusa de ningún género —le dijo la mujer.

—El ambiente...

—Eres un pillo redomado. Te mandé para que me informaras acerca de Cristian y eres peor que él.

—No es cierto... Yo estaba allí para guardar a Cristian de los indudables peligros que corre.

—No te creo, no te puedo creer—murmuraba la exaltada dama.

Elvira intervino plena de bondad.

—Vamos, mamá... Hoy es día de perdón. Seamos cristianos y practiquemos las

divinas enseñanzas. Yo he perdonado a Cristián que era el más grande culpable, ¿no harás lo mismo tú con papá?

—Hijita mía—dijo el padre, enterneciendo—. Eres muy buena... Bien se vé que llevas mi sangre...

La madre, vencida por tantas súplicas, accedió a perder y se dejó besar en las mejillas por su arrepentido marido.

—Pero te aseguro que nunca más vendrás solo a Berlín... Una vez y no más.

—No me importa. Vendré en tu compañía.

—Pero nunca visitaremos un cabaret.

—Lo que tú quieras, mujer, lo que tú quieras.

Y sonrió alegremente, mientras Elvira y Cristian tenían las manos entrelazadas y se mururaban bellas plegarias de amor, alzando en sueños el edificio del porvenir.

Cristian no se vendió el Edén ni el cabaret contiguo, pero casóse con Elvira y vino a instalarse en Berlín.

Aunque oficialmente figuraba él al frente del negocio, puso allí un administrador de su confianza que era el encargado de

tratar directamente con las artistas. De esta manera todo se compaginaba y Cristian no perdía la fortuna legada en tan extrañas condiciones.

Don Leonildo y su esposa seguían viviendo en el pueblo con su hija Dora, que estaba ya prometida con el cadete, pronto a ser oficial.

Dora, una vez casada marcharía a Berlín, y don Leonildo procuraba convencer a su esposa de la necesidad de que ellos fuesen también a la capital para estar junto a sus dos hijas.

No parecía la mujer muy favorable a aquel proyecto.

Pero, finalmente, casóse Dora, y sus padres se fueron a vivir a la capital, pues era la madre la primera en quererlo, ya no podían estar lejos de los hijos de su alma.

Don Leonildo era feliz. De vez en cuando iba al Edén y sentía tentaciones de hacer locuras... como una vez. Pero se acordaba de su mujer, veía a Cristian serio y grave con su orgullo de propietario, y ya no volvía a sentir malos pensamientos.

Cristian era dichoso en su matrimonio.

Ya no soñaba con otros idilios que el que tenía en su casa y que conservaba el mismo alegre frescor de sus primeros tiempos amorosos.

F I N

**Formidable éxito de la
Biografía de
Jeannette Mac Donald**

Biografía · Anécdotas · De Chevalier a Mojica. Postal regalo · 25 ilustraciones inéditas en el texto · Lujosas «toilettes», de gran interés para las modistas

Precio: 50 céntimos

y la **Colección de 6 postales** de la misma artista, con fotografías inéditas y las más artísticas que se conocen

Precio: 30 céntimos

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16; Madrid: Cañó, 1

Tipografía Barcelona - Arribau, 206 - Teléfono 75087 - Barcelona

La Novela Cinematográfica del Hogar

Números publicados:

- Puertas cerradas · 2. Madre pecadora · 3. Estrella simbólica · 4. La losa del pasado · 5. La mujer de Satanás. 6. Jimmy, el misterioso · 7. Nueva mujer, nueva vida. Amanecer · 9. Tras la cortina · 10. Los misterios de Londres. (La divina pecadora) · 11. En la vieja Arizona · 12. Honrarás a tu madre · 13. Nobleza batarra · 14. Su majestad El Amor · 15. Amor siniestro · 16. Eugenia Grandet · 17. Ana contra el mundo · 18. La hermana blanca · 19. De mujer a mujer · 20. Mujeres frívolas · 21. No me olvides · 22. El caballero del amor · 23. Estrellas fugaces · 24. Tobillos de oro. 25. En nombre de la amistad · 26. El prisionero de Zenda. 27. Sendas traicioneras · 28. El príncipe Stravos · 29. Fútbol, amor y toros · 30. Hombres peligrosos · 31. Sed de cariño · 32. Luna de miel · 33. Shari (la hechicera oriental). 34. El príncipe de los diamantes · 35. Una mujer en Wall Street · 36. Las tres hermanas · 37. Cara o cruz · 38. La calle del azar · 39. La batalla de París · 40. Malas compañías · 41. El conquistador · 42. La caza del millón · 43. El enemigo silencioso · 44. El príncipe X · 45. Canción gitana. 46. ¿Quién disparó? · 47. El capitán Tormenta · 48. Arco Iris.

Los números van acompañados de una artística postal-bicolor

A los éxitos sin precedente de
las interesantes novelas

Del mismo barro
por Mona Maris y Juan Torena
(6 ediciones)

El precio de un beso
por José Mojica y Mona Maris
(3 ediciones)

Ladrón de amor
por José Mojica y Mona Maris
(2 ediciones)

El Valiente
por Juan Torena
(2 ediciones)

El presidio
por José Crespo
(3 ediciones)

Sevilla de mis amores
por Conchita Montenegro y Ramón Novario
(3 ediciones)

seguirán las siguientes:

Montecarlo
por Jeannette Mac Murray

Camino del infierno
por Juan Torena

Esta semana:

EL PAVO REAL
por la genial «estrella» Mac Murray

¡Siempre lo mejor!

Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis

Teléfono 18551 - BARCELONA
